



HERZOG Y DE MEURON



ARQUITECTOS:
Jacques Herzog
Pierre de Meuron
Harry Gugger

COLABORADORES:
Peter Ferretto, Carlos Gerhard,
Stefan Marbach, Benito Blanco,
Heitor García Lantaron,
Estelle Grosberg, Pedro Guedes,
Michel Kehl, Miguel Marcelino,
Gabi Mazza, Beatriz Noves Salto,
Margarita Salmeron, Stefano Tagliacarne.

PROMOTOR:
Obra Social Fundación "LaCaixa"

FOTOGRAFO:
Miguel de Guzman



El CaixaForum Madrid se levanta en un privilegiado emplazamiento a orillas del Paseo del Prado y frente al Jardín Botánico. Este nuevo domicilio para las artes ocupa una zona hasta hace poco carente de interés y con construcciones como una central eléctrica y una gasolinera. Los muros de ladrillo de la vieja central forman parte del patrimonio arquitectónico de Madrid y son testimonio de su pasado industrial, pero la gasolinera era una dotación puramente funcional y ya claramente fuera de lugar. Como un viñedo que no puede dar el fruto esperado por haberse plantado con un tipo de uva equivocado, este significativo enclave no había desarrollado todas sus posibilidades.

La demolición de la estación de servicio permitió crear una pequeña plaza entre el Paseo del Prado y el nuevo CaixaForum alojado en la antigua central. El único material de la vieja central eléctrica que podía aprovecharse era la carcasa de ladrillo, que está catalogada. Para orquestar e insertar los nuevos componentes arquitectónicos del proyecto del CaixaForum, empezamos con una operación quirúrgica, separando y eliminando el zócalo y las partes del edificio que ya no iban a ser necesarias. Esta operación proporcionó una perspectiva enteramente nueva y espectacular de la vieja construcción, al tiempo que resolvió una serie de problemas relacionados con el emplazamiento. Al suprimir la base del edificio apareció un espacio abierto y cubierto bajo la carcasa cerámica, que ahora parece flotar sobre el nivel de la calle. El nuevo espacio cubierto bajo el CaixaForum es un punto de encuentro que ofrece su protección a los visitantes y simultáneamente configura el acceso al propio edificio. Pueden afrontarse y resolverse así, con un solo gesto de carácter urbano y escultórico, problemas tales como la estrechez de las calles circundantes, la localización de la entrada principal y la identidad arquitectónica de esta institución dedicada al arte contemporáneo.

La separación del edificio respecto al nivel de la calle crea dos mundos: uno bajo el suelo y otro por encima de éste. El "mundo subterráneo" sepultado bajo la plaza topográficamente modelada proporciona espacio para acomodar un teatro-auditorio, algunas plazas de aparcamiento y otros servicios. El volumen sobre rasante aloja el vestíbulo y las salas de exposición, un restaurante y oficinas. Aquí, el carácter flexible y abierto de las áreas expositivas contrasta con la complejidad espacial de la zona de oficinas y restaurante que corona el edificio. La sorprendente imagen escultórica que ofrece la silueta del CaixaForum no es una mera fantasía arquitectónica, sino el reflejo del paisaje que ofrecen las cubiertas de los edificios vecinos.

CAIXAFORUM, CINTURA DE AVISPA

El descubrimiento de cuan fundamental era para el futuro CaixaForum que se desalojase la gasolinera que la separaba de Recoletos ha sido vital para el edificio.

Porque el mayor beneficio que de su construcción se deriva para la ciudad es la penetración de lo verde a su través, desde los jardines del botánico y el Salón del Prado, hasta el interior del denso Madrid. A su través, porque el CaixaForum quiere aparecer suspendido en el aire, sin que sus muros de ladrillo lleguen al suelo, dramáticamente cortada la fábrica. Se trata de una estrategia que cada vez veremos más en las ciudades densas: vaciar la planta baja para cedérsela al público y al tiempo aprovechar al máximo las facilidades de las ordenanzas por encima y sobre todo bajo la rasante.

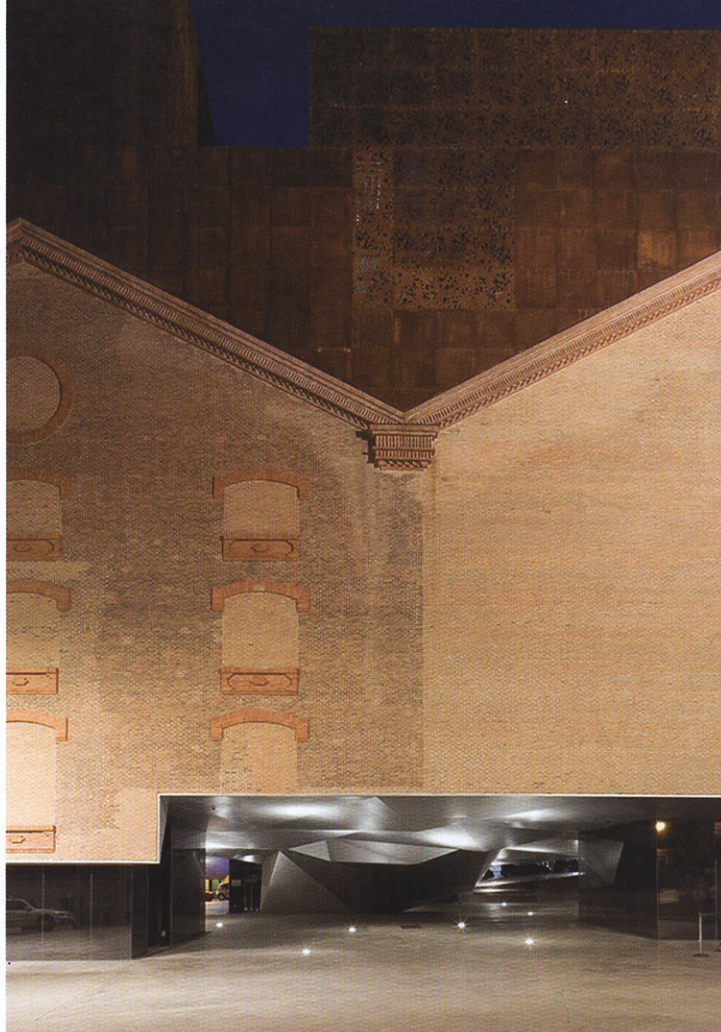
En esta planta de acceso, el edificio propone una naturaleza artificial: un suelo de planos triangulares de cemento que parecen la topografía de un terrizo natural. Sobre este suelo, definiendo el espacio abierto de la planta baja, se dispone un techo en plancha de acero partido en planos también triangulares, que al estar pintado de purpurina se asemeja a un cielo bajo y encapotado. Entre ambos, formando parte del techo, se dispone la escalera forrada igualmente de chapa pintada de purpurina, descolgando como dentro de una nube que descendiera hasta el suelo sin apenas rozarlo. Existen también en esta planta baja otros volúmenes, pero son opacos y están forrados de vidrio por lo que desaparecen en la oscuridad del conjunto queriendo no estar, dejando todo el protagonismo a la escalera. En ellos sin embargo descansa la estructura que lo sostiene todo.

El separar el edificio del suelo planteaba unas dificultades grandes en el encuentro con los bordes del solar situados a cotas muy variadas. Unos bolaridos bien elegidos, una barandilla de diseño directo porque no es protagonista y un manantial que sí lo es resuelven la dificultad. Un manantial, cuyas aguas descienden por un canalillo que discurre por la linde a la calle de la Alameda, paralela al "Prado", y terminan en una cascada, estableciendo un "tema" o argumento doble: permiten salvar la distancia entre la calle y el nivel de acceso al edificio, y refuerzan la escenificación de la naturaleza. Este vacío que queda bajo el cuerpo elevado, relaciona a su alrededor en molinillo cuatro plazuelas para desahogo y lucimiento de las fachadas. Las fachadas suspendidas en el aire, ciegas casi, son los pesados lienzos de ladrillo que conservan en sus diferentes huecos abiertos y cegados a lo largo de los años, en sus variadas texturas, las huellas del tiempo. Colgada de una estructura invisible, la fábrica de ladrillo habla de la historia reciente, cuyo peso parecen decirnos H&M es cierto, aunque no sepamos donde descansa. Encima del ladrillo, en contraste material y continuidad cromática, arcilla y óxido, se prolonga el edificio en unos volúmenes de acero, como una cabellera que con la luz del sol poniente adquiere un fulgor de brillos rojizos. La intensa relación material que se produce entre ambos: la textura de la arcilla cocida contra la condición pulverulenta del óxido, queda reforzada con el contraste que propone la medianera convertida en jardín, rica en colores, rezumando agua, naturaleza viva.

Este tapiz verde, del que es autor Patrick Blanc, muestra una estrategia ya seguida por los arquitectos en otros trabajos. La incorporación de la obra de otros artistas, con la característica de que no pretende incorporarse a la arquitectura como parte de ella, sino que conserva una distancia y una autonomía. Se trata de "otra obra" que está cerca.

Este énfasis puesto en la construcción y en los materiales está presente en todo el edificio, no solo en su exterior. Hormigones pulidos, hierros pintados en oxirón, maderas africanas en los ascensores, chapas perforadas, plegadas, lisas, ..., nos acompañarán toda la visita, dando al recorrido un aire musical de experiencias sensibles sucesivas. Lo cual es una característica del trabajo de Herzog y De Meuron, como ya explicó con bella expresión Rafael Moneo cuando escribió: "...su obra es, en primer lugar, una celebración de la materia, siendo la forma tan solo el vehículo que la hace posible".

La entrada al CaixaForum es muy particular. Hay que hacer un esfuerzo para entrar, se da uno cuenta de esto al ver como se demoran los visitantes dando vueltas antes de enfilarse la escalera. Tal vez sea la sorpresa de las masas de ladrillo suspendidas, o el jardín vertical, pero la nueva plazuela está siempre poblada de personas. También es porque la entrada no es inmediata, hay que subir un tramo de escaleras para acceder al vestíbulo. Es bonito que el edificio te exija un cierto esfuerzo, que no saque el ascensor hasta la calle buscando al visitante, es preciso ascender por la escalera que se ofrece algo escondida. Una escalera helicoidal, casi laberíntica, de acero inoxidable y paredes inclinadas que nos propone ahora la ficción de un



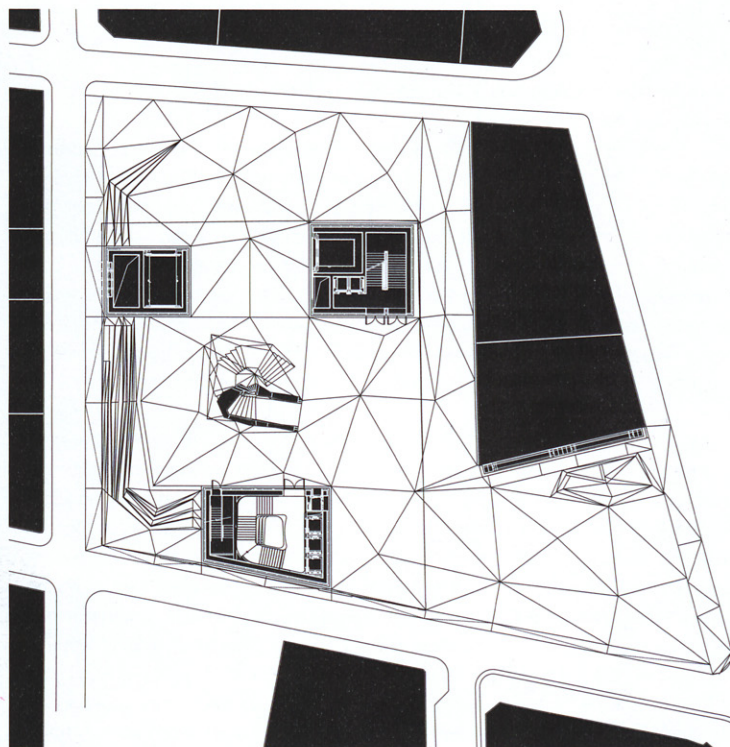
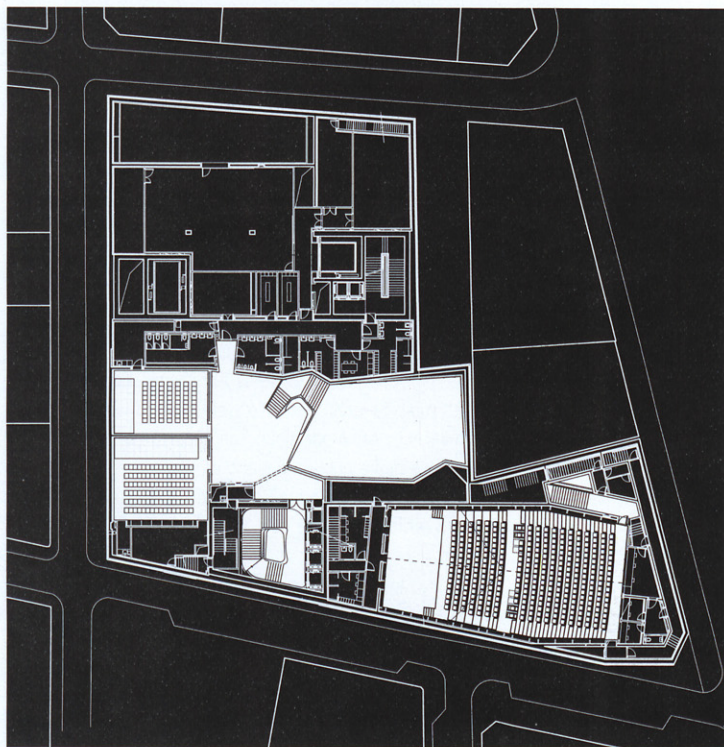
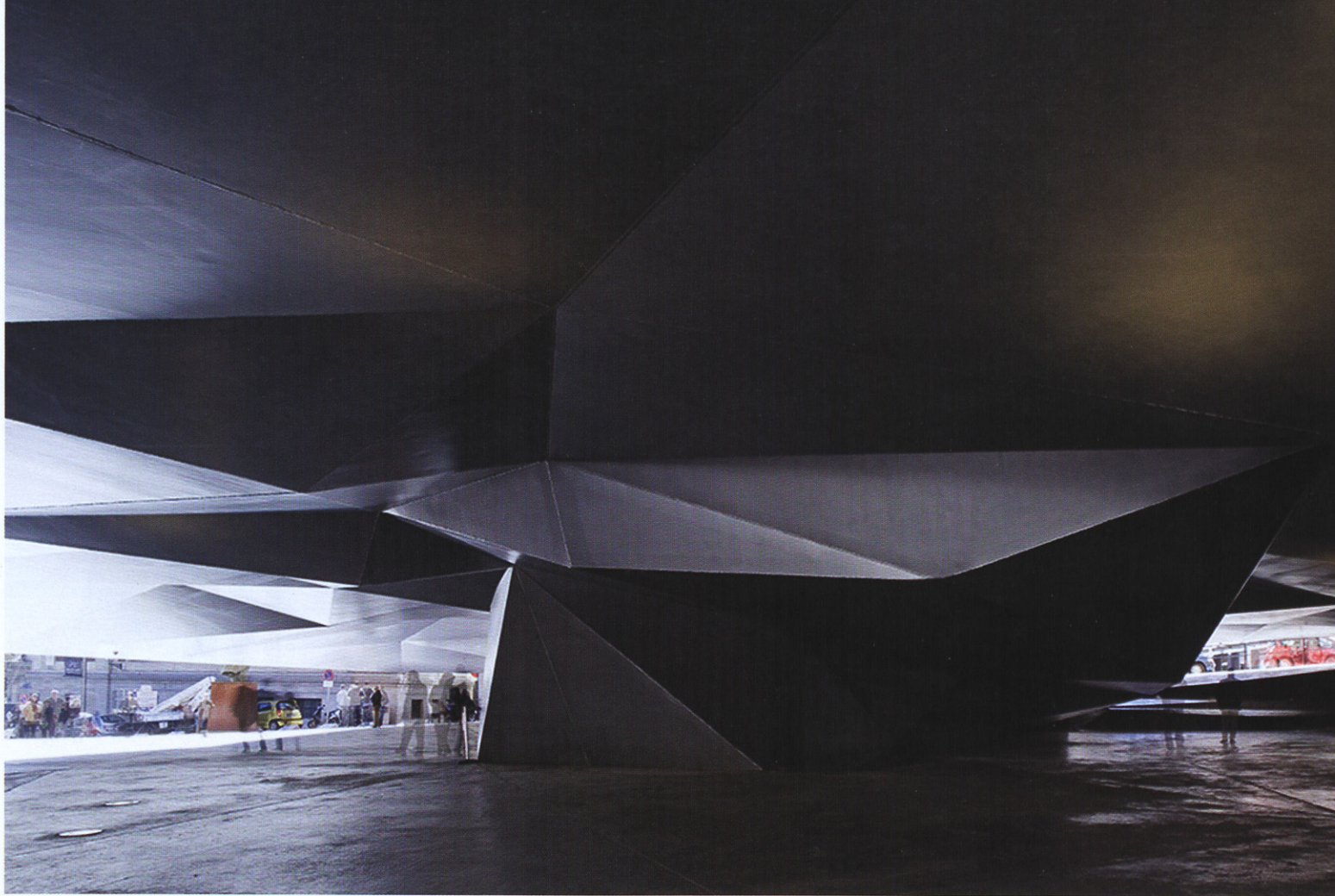
recorrido excavado en la roca. Al desembarcar, después de una ascensión que obliga al visitante a ir girando sobre sí mismo, se produce un cierto descoloque, como cuando los niños rulan vertiginosos en sus juegos para conseguir un mareo. Por la escalera llegamos a una planta de vestíbulo y distribución desde la que podremos acceder a todo el edificio, arriba las salas del museo y la cafetería, y bajando tres plantas el auditorio y otras salas. En este vestíbulo una inmensa habitación iluminada por una gran ventana (casi la única en todo el edificio) que mira dramáticamente hacia el Botánico se disponen, con cuidado diseño, todos los servicios de la recepción.

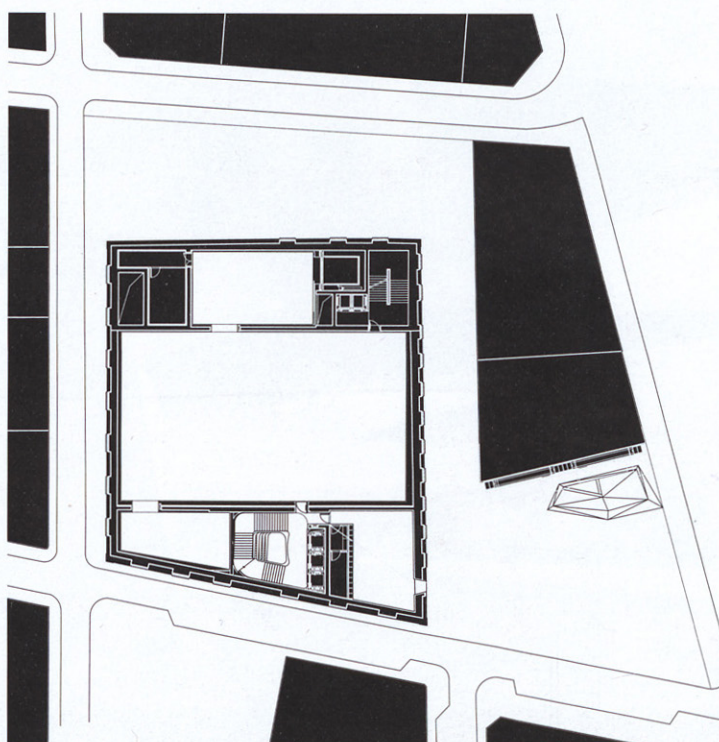
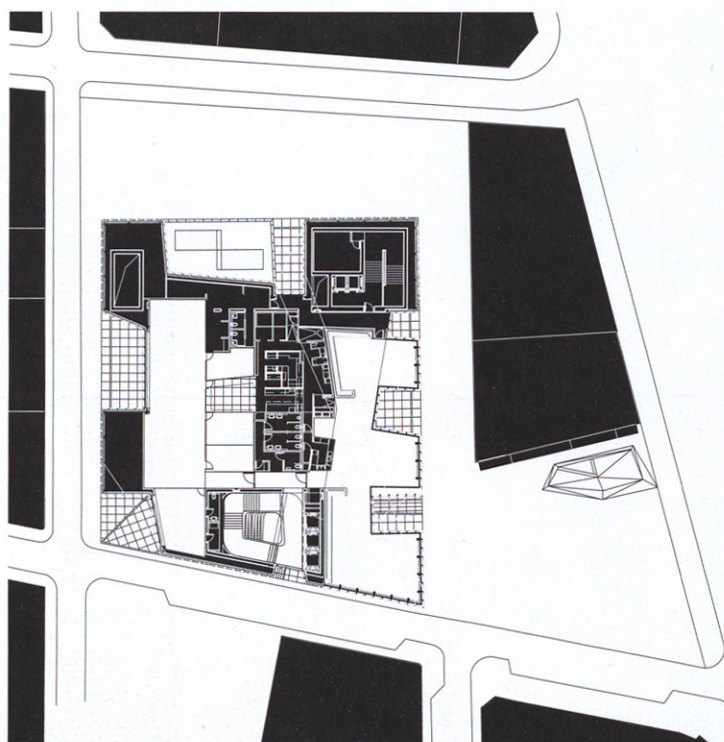
Podría decirse que el edificio de H&M es una colección de habitaciones cada una con su carácter particular, distinguiendo fuertemente entre espacios servidos y espacios sirvientes. Así lo explican las plantas y las secciones del edificio en las que los segundos quedan oscurecidos perdiendo presencia en el dibujo como ocurre con su uso. El auditorio, dispuesto bajo la plazuela de acceso, es una habitación de gran altura precedida por un vestíbulo igual de alto. La chapa plegada y marrón con que se forran sus paredes refuerza un cierto carácter de cueva. Hacen H&M del enterramiento una ventaja pues la cueva es acogedora, trae recuerdos de protección ancestral.

La escalera que recorre todo el edificio es una habitación blanca de perfiles redondeados y sección variable que se ensancha hacia arriba ascendiendo hasta la luz. No tiene el carácter de un espacio sirviente, es una de las habitaciones más importantes del conjunto, el tránsito por ella se quiere que sea uno de los momentos distinguidos del paseo arquitectónico que los arquitectos nos proponen. Las salas de exposiciones son una gran habitación en cada piso, que se puede fraccionar de modos diversos con tabiquerías temporales.

Termina este paseo en la última habitación, la cafetería, que se fragmenta en espacios de formas semejantes pero distintas, para facilitar lugares más privados o diferentes y vuelve a ser un paisaje artificial; el perímetro de esta habitación que tiene vistas en todas las direcciones, queda cerrado por la pared de chapa de hierro oxidado ya descrita. Una pared que en esta planta se labra con pequeñas perforaciones que le hacen parecer entre encaje y hojarasca. Demos gracias a "La Caixa", han empleado bien nuestro dinero.

Gabriel Ruiz Cabrero





PLANTA SEGUNDA Y PLANTA CUARTA

CAIXAFORUM, CAJA SIN SORPRESAS

Más me hubiera gustado llegar a CaixaForum sin haber conocido el proyecto. Es decir, sin saber que su idea principal consistía en mantener en vilo la vieja fábrica, rasgo ilusorio demasiado elemental; no tan malo como el de la Plaza de Castilla, desde luego, pero sí peligrosamente cercano al gastado chiste de las torres que se inclinan y no se caen. Llegar fue, pues, comprobar el resultado, cómo se corta el viejo muro por debajo: en forma pasable por la plaza, pues había allí una imposta, y en modo más desafortunado en los laterales, al verse obligados a escalonar. Debajo del edificio, una plaza cubierta, consecuencia inevitable de lo hecho, redundando demasiado con la exterior, quedando como espacio inútil, acaso como porche para la lluvia. Se disimula con juegos de agua y techos afacetados y metálicos.

En cuanto al volumen, la nueva unidad proyectada con los viejos muros no se acaba de entender: su intención no se aprecia. Los planos de acero cortén prolongan los antiguos, con la vieja cornisa reconstruida de por medio -quitarla definitivamente hubiera sido un acierto- sin establecer con ellos ni contraste, ni analogía, ni ninguna intención eficaz con capacidad de animar algo más la importante contigüidad, clave del volumen externo. No parece pretenderse otra cosa que lograr una cierta neutralidad y buscar, quizá, que el muro de ladrillo comparta el protagonismo con el paramento nuevo. Pero como a aquél se le ha torturado hasta convertirlo en un precario residuo -véase, si no, la lacerada y conceptual independencia con respecto a él de la que hacen gala los escasos huecos abiertos en sus paños- el resultado no es bueno. No es tampoco rematadamente malo, desde luego, pero no es bueno; es algo corriente, sólo equívocamente atractivo debido a su novedad y a su rareza, valores de los que sólo este último quizá permanezca. Resulta curioso, de otro lado, que el exterior reproduzca los académicos estratos de basamento, cuerpo principal y coronación.

El interior se anima con dos escaleras. Una que conduce a la primera planta, con un techo profusamente decorado con las instalaciones, y que provoca un buen acceso, quizá lo mejor.

Otra, la principal, que asciende aumentando según una forma tronco piramidal invertida, y que acaso sea preciso reconocer que tenga un cierto interés, ya que hay quien lo dice. Pero pasa un poco como con esos edificios menores de antes -un pequeño ayuntamiento, por ejemplo- en los que, no teniendo otra oportunidad formal que la escalera, el proyectista se veía obligado a echar el resto en ella.

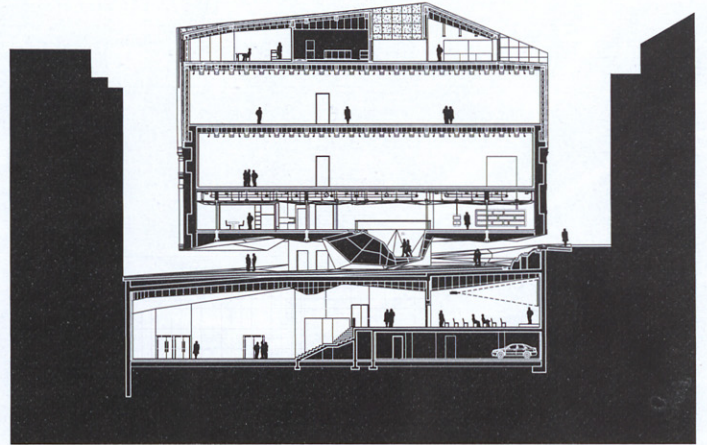
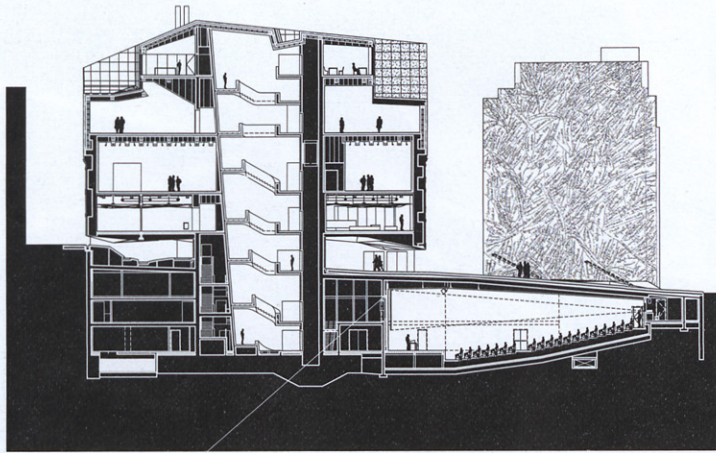
Las salas son neutrales y opacas. La gran decepción llega arriba, en la cafetería y el restaurante, en los que las planchas de acero de la fachada, aunque agujereadas al aligerarse hacia lo alto para animar su textura -cuestión que parece interesar al máximo- no permiten sin embargo percibir la magnífica vista sobre el jardín botánico y el Este de Madrid, que sólo puede contemplarse si uno va a mirar muy cerca por alguno de los pequeños huecos. Este desprecio por un valor indiscutible, que nadie hubiera dudado en respetar, es una pésima decisión y califica al edificio con la etiqueta de un formalismo detestable, que lo explica en buena medida. La propiedad hubiera debido exigir una galería. Quizá la construya más adelante; al menos ése sería mi consejo.

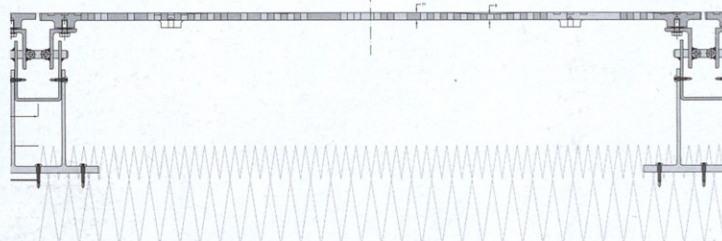
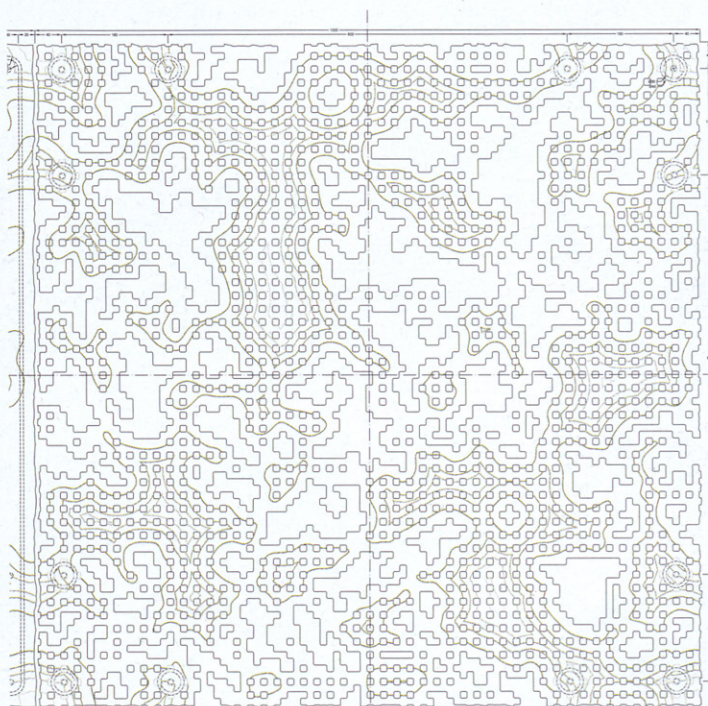
En resumen, mucha, demasiada retórica, con escaso resultado. Mucha para un edificio tan pequeño, que parece una torturada *opera prima*, y que habría merecido una respuesta más elegante y más sensata, hecha con una mayor economía de gestos, y también más eficaces: con algún norte decidido. Lástima para el arte de la arquitectura, que recibe poco. No así para la ciudad en otros aspectos, pues es estupenda la existencia de la nueva y pequeña plaza abierta al paseo del Prado, y es magnífica la muy mejorada -que no nueva- institución.

Seguimos, pues, y a pesar de los pesares, de enhorabuena.

Antón Capitel







LINEAS DE CONTORNO

- 0.00 mm.
- - 0.50 mm.
- - 1.00 mm.
- - 1.50 mm.
- - 2.00 mm.

EN LA PÁGINA ANTERIOR, SECCIONES LONGITUDINAL Y TRANSVERSAL.
EN ESTA PÁGINA, DETALLE DE CERRAMIENTO DE ÚLTIMA PLANTA.